



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

En torno a las categorías de "Medioevo" y "Renoacimiento"

Autor:

Ángel Castellán

Revista:

Anales de Historia ANTigua y Medieval

1991, 24 y 25, pag. 85 a 100



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

EN TORNO A LAS CATEGORIAS DE "MEDIOEVO" Y "RENACIMIENTO"

(apuntes metodológicos)¹

por

Angel Castellán

I

Toda vez que intentamos plantear problemas metodológicos referidos al trabajo historiográfico tropezamos con una teoría que tiende a privilegiar las llamadas "fuentes", con detrimento de las elaboraciones conceptuales que dan sustancia y carácter a determinadas cuestiones.

Sin volver aquí a lo ya apuntado en otros lugares acerca de una concepción de las "fuentes" que las pone fuera del proceso historiográfico.

¹ Ya desde el epígrafe debe quedar en claro que nos referimos a dos categorías historiográficas que son el fruto de un largo trajinar comenzando con las reflexiones de un cronista del siglo XIV. Importa indicarlo aunque no consigamos salir —por lo menos en las prácticas escolares— de un Medioevo y un Renacimiento vistos como épocas, edades o etapas de la historia de Europa que fueron asumiendo, más allá de lo razonable, un carácter férreamente sustantivo. Al respecto la propuesta de Delio Cantimori, en el sentido de reemplazar el término "Renacimiento" en sus implicaciones cronológicas por el de "Edad del Humanismo", no contribuye demasiado a pacificar la cuestión. El lapso propuesto, que prolongaría sus límites hasta Goethe, fagocita momentos ya aceptados por la historiografía, tales Manierismo, Barroco e Iluminismo. Al llevar su vigencia hasta los umbrales románticos, prácticamente identifica con el Humanismo a toda la cultura moderna.

Como se dirá en este ensayo, no estamos convencidos de que pueda hablarse de un Humanismo con mayúscula para indicar ideales y actitudes que, en el seno de cada cultura nacional, están lejos de expresar uniformidad. En este plano, la única argamasa posible entre los diversos humanismos puede encontrarse en el método filológico y en la definida inclinación por los problemas ético-antropológicos dentro de la esfera filosófica.

Aunque hace años que venimos sosteniendo el carácter puramente formal de las categorías de Medioevo y Renacimiento. (Cfr. Propositiones para un análisis crítico del problema de la periodización histórica, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Bs. As., 1959, págs. 7-48. Luego en *Filosofía de la Historia e Historiografía*, Bs. As., Dédalo, 1961, págs. También, algunas notas en torno

fico², conviene tener en cuenta que todas las nociones que se manejan a nivel académico, universitario, escolar y aún público en términos generales, proceden de un resultado conseguido por vía historiográfica. Esta verificación, que no aporta ninguna novedad sustancial, debe ser subrayada toda vez que se finge ignorar el carácter condicionante de las tradiciones historiográficas que van tejiendo en torno a temas específicos de la historia de Europa³. Es decir —y esto sí sería menos obvio, por lo menos para el entendimiento común— que los avances o nuevos aportes que suelen darse por vía erudita vienen pacíficamente a instalarse en cuadros predeterminados por el resultado de una labor historiográfica de siglos. Esto es así porque, en general, el oficio tiende a magnificar un crecimiento puramente cuantitativo del conocimiento, afirmándose en los posibles nuevos datos o papeles que vendrían a perfeccionar el saber anterior. Este desprecio tácito por los aspectos cualitativos del conocimiento, explicable a la luz de los supuestos naturalistas que animan el trasfondo de la metodología rankiana, exacerbados luego por sus epígonos, llevaba a descuidar el peso que tienen los encuadres formales toda vez que se aproxima la posibilidad de replantear problemas. Por este camino —el de una erudición que ignora la existencia de problemas, poniendo el acento en una mera acumulación de nuevos datos que corregirían a datos precedentes— no se advierte la

al entendimiento tradicional de la historia europea, en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Bs. As., 1966, págs. 125-138) no tenemos porque privarnos de la oportunidad de señalar que en los últimos años Alberto Tenenti ha expuesto conceptos coincidentes (Cfr. *La critica e il sapere storico*, en *Credeenze, Ideologie, Libertinismi tra Medioevo ed Etá Moderna*, Milano, Il Mulino 1978. Especialmente, págs. 354-58. Luego, en *I Rinascimenti (1350-1630)*, Firenze, Le Monnier, 1981, pág. 7, precisó ideas que transcribimos porque vienen en apoyo de las que se encontrarán en el presente trabajo.

Refiriéndose a las circunstancias culturales que se dieron en Italia, que suelen pasar bajo el término de Renacimiento, escribe: "Su clara emergencia y la relativa madurez que lo caracterizó desde su fase inicial indujeron a muchos historiadores a considerarlo por excelencia, el renacimiento verdadero y propio. Estos estudiosos, por otra parte, promovieron el tal renacimiento de rico fenómeno cultural como es, a período, pensándolo como el fenómeno mayor y más característico del momento en que se desenvuelve. Esta operación historiográfica por lo menos discutible fue seguida al punto de generar variadas confusiones'. Luego de rechazar que este renacimiento haya dominado la vida del continente, agrega: "En segundo lugar es demasiado claro que tal periodización fue propuesta a la luz de cuanto se verificó en Italia, donde esta fase renacentista podría ser situada justamente entre 1430 y 1530'. Y más adelante: "Por otro lado, es deplorable que el término renacimiento haya entrado en el uso para individualizar una fase histórica determinada de la vida europea".

² Cfr. *Tiempo e Historiografía*, Bs. As., Tekné, 1983.

³ Decimos esto en relación con el tema que estamos abordando, aunque conviene tener en cuenta que lo mismo vale para la historiografía de cualquier problema, sea de historia general o nacional.

posibilidad de un disenso que lleve a poner en otros términos los interrogantes resueltos por el saber tradicional. Es más, en la mayor parte de los casos las etapas historiográficas que siguieron a una "lectura prestigiosa" —es decir a una lectura que encontró audiencia en las generaciones que heredaron el esquema— no tomaron mayor conciencia que estaban repitiendo, sin duda con mejores recursos eruditos, criterios metodológicos que procedían, en general, del siglo XVIII. Por eso es que la historiografía europea sigue aceptando sin mayores variantes —salvo algunos casos no demasiado frecuentes— las categorías historiográficas que, no por azar, aparecen en los manuales.

Si entramos en materia, lo dicho vale tanto para los grandes cuadros gestados por la historiografía europea, tales Medioevo, Renacimiento, Modernidad, como para las constelaciones de pensamiento y cultura: Humanismo, Manierismo, Barroco, Iluminismo, Romanticismo, Positivismo, etc

II

El reanuncio de ciertos esquemas, prestigiados por su permanencia secular, sería impensable fuera de la génesis historiográfica que permite verificar cómo, desde un embrión elemental, fueron corporizando luego las significaciones que se adscriben a cada una de las categorías mencionadas.

Si nos preguntamos acerca del por qué de ciertas persistencias tendríamos que recurrir a una reconstrucción historiográfica que nos llevaría —pensando en este caso siempre en términos de historia europea— a precisar el nacimiento de las categorías que habrían de revelarse vertebrales, porque provocarían, sobre la base de sus supuestos, un ordenamiento tan armónico como dependiente, de otras que aparecen como espontáneamente derivadas.

Puestos a la tarea de verificar encontramos, dentro de nuestro sistema de épocas o períodos, que las categorías de Antigüedad y Modernidad se disponen derivando naturalmente de las implicaciones polémicas que va generando ese nudo conceptual decisivo implicado en términos como los de Medioevo y Renacimiento.

Sin duda el prestigioso sistema tripartito (Antigüedad - Medioevo - Modernidad) tendría que aguardar su canonización a partir de los manuales de Cellarius, escritos a fines del siglo XVII. Con todo, al margen del éxito escolar prolongado prácticamente hasta nuestros días, Cellarius no había hecho más que organizar el desarrollo que durante tres siglos había alcanzado la idea esbozada por Filippo Villani en su biografía de Dante. Esta verificación nos pone en el buen camino porque nos ayuda a comprender aspectos que se revelarían esenciales para el

éxito y persistencia de nuestro sistema de épocas. 1) La idea de muerte y resurrección de la poesía, metaforizada a través del sueño y despertar de las Musas, que habría protagonizado Dante retomando una gestión abandonada desde Claudiano. 2) La extensión de la imagen al desarrollo de las artes plásticas, las lenguas clásicas (latín y griego, en principio) y la cultura general. 3) La elección de las figuras: Dante o Petrarca, Cimabue o Giotto, según el caso, indica que el análisis de lo acontecido se hacía —y era natural si se tienen en cuenta los intereses que animaban a Villani— desde el ángulo de las vicisitudes de la cultura italiana. 4) Sin embargo, al hablar de sueño y despertar de las Musas el autor —aunque ilustra con un notorio ejemplo vernáculo— deja entrever una crisis que habría afectado a toda Europa sin distinciones. Y lo mismo vale para el tránsito de las artes. 5) En consecuencia —y esto tendrá efectos permanentes en los siglos posteriores— se utiliza el proceso italiano para darle significación y valor general.

Del conjunto de estos aspectos o motivos, como decíamos, se deriva una idea —quizá una noción— que alcanzará larga fortuna: un período de silencio de la cultura —resumamos ya— y un momento de despertar en el que se habría retomado un viejo discurso acallado por siglos. Como la cultura —poesía y arte, digamos— se había silenciado con el fin del mundo antiguo, y parecía ahora resurgir entre los contemporáneos, se deducía que entre ambas instancias podía identificarse un período intermedio que se iría cargando paulatinamente de notas negativas.

Para el caso que nos ocupa la función de la categoría Antigüedad sería transitoria: pondría, en principio, el límite de los valores recuperados por la reviriscencia cultural. En cambio, y esto se revelaría importante, el pasado y el presente de Europa —entendemos la Europa posterior a las invasiones germánicas— serían entendidos y presentados como dos etapas o épocas unitarias y uniformes. Es decir, cada una con sus características, la “edad del medio” —que sería llamada “Medioevo” luego de una rápida sinonimia— y el período renaciente —pronto “Rinascita” o “Renaissance”— aparecerían como dos entidades enfrentadas, omitiéndose por vía historiográfica cualquier distingo que pudiera derivar de características regionales o nacionales. En una palabra, un solo Medioevo y un solo Renacimiento para toda Europa, dejando de lado alguna pedante presunción posterior que tendía a identificarlos con supuestos períodos de una historia universal.

En correspondencia con esta primera definición tácita se da otra íntimamente vinculada que exhibirá una tenacidad historiográfica aún presente en nuestros días: las características del Renacimiento y la repulsa del Medioevo serán construidas de acuerdo con las notas distin-

tivas del fenómeno italiano constituido en paradigma para todo el acontecer de la cultura europea entre los siglos XIV y XVI.

A raíz de este proceso de selección, cuyas motivaciones psicológicas trataremos de exponer, se establece una relación, no cuestionada por la historiografía posterior, entre Antigüedad —vista especialmente a la luz de la función puente que cumple la cultura romana— efectos y consecuencias de la presencia bárbara y actitud “renaciente”. En principio, el impulso por retomar un pasado glorioso viene acompañado por una explícita condena de la barbarie de los siglos anteriores, generándose un programa político-cultural que no podía comprenderse fuera del marco nacional italiano. No será ajeno a su trascendencia el magisterio europeo de Petrarca, en cuya obra se resumen todos los motivos que ingresarán en la tradición escolar.

III

En 1337, mientras pasea con su amigo Giovanni Colonna entre las ruinas de Roma, Petrarca cree discernir las causas de tanto abandono y decadencia. Si por un lado advierte los efectos negativos de la ausencia del Papa —al que comenzará luego a exhortar para que vuelva a su sede natural— por el otro reconoce que el deterioro de las viejas glorias se debe al paso de un tiempo en el que cabalgó la barbarie. Su condena estimula la necesidad de convocar a los nobles espíritus, restaurando —como anuncio de una nueva aurora— “*Topere antiche*”. En este aspecto la experiencia romana, que se confirmará luego con su coronación como poeta en el Capitolio en 1341, abre paso a un juicio de valor sobre pasado y presente que se irá tornando canónico. Así, junto con la muda elocuencia de las ruinas ilustres se conjuga la sangre de los mártires romanos, y la imperiosa necesidad de recuperar los testimonios escritos dispersos en variados repositorios europeos.

Esta lectura petrarquesca, que involucra una condena de la barbarie germánica tanto como una exaltación de la vieja Roma, guarda una interna coherencia en cuanto meditación en torno al destino de una cultura nacional. Si el juicio sale de madre, imponiéndose por dos siglos a franceses y alemanes, por ejemplo, esto se debe al prestigio europeo de Petrarca que será considerado el padre e iniciador de los nuevos estudios.

En el siglo XVI las cosas cambian, dando lugar incluso a una explícita polémica anti-italiana, aunque sin afectar el destino de la historiografía siguiente que, detrás de un evidente signo ideológico, programará una simbiosis de barbarie y religión, convirtiendo al Medioevo en “edad oscura”. Estos motivos, dueños de mayor agencia, con-

tribuyen a desleir —en Francia y Alemania— la resistencia que habían despertado algunas imputaciones de Petrarca, generando un sentimiento anti-romano y anti-italiano bien explícito entre los contemporáneos de Guillermo Budé y Lutero. El hecho es que toda reserva que pudiese merecer la interpretación de Petrarca, confirmada luego por Leonardo Bruni, tiende a desaparecer en beneficio de una extensión a toda Europa occidental del modelo italiano.

Llegados al punto, podemos apreciar que a partir del siglo XVI —cuando se estabilizan y confirman los resultados de esas prestigiosas primeras lecturas— tiende a confirmarse, como decíamos antes, la presencia de un solo Medioevo para toda Europa, signado por las notas de barbarie, ignorancia, superstición y oscuridad. Por oposición, significando puntualmente su antítesis, un solo Renacimiento dibujado de acuerdo con las exigencias de un análisis italiano del problema. A esto contribuyó, sin duda, una suerte de “adelantamiento” cronológico de Italia, que aparecería luego como centro y motor de difusión de la nueva cultura hacia otras áreas de Europa, pacientes de una definida colonización. De este modo, las experiencias nacionales extra-italianas —francesa, alemana, inglesa, española— quedaban uniformadas, tanto en los siglos que siguieron a la caída de Roma como en los aspectos de un Renacimiento que, dicho sea de paso, las incluía entre lo que los italianos consideraban barbarie ultramontana.

IV

Hace unos años, atendiendo a estos aspectos del problema, comenzamos a pensar en la conveniencia historiográfica de una consideración particular sobre las características del siglo XV, tal podían visualizarse en los manuales y tal debían entenderse a través de los matices nacionales y descuidados —y en general arrasados— por la presencia avasalladora del prestigioso y omnivalente “Quattrocento”.

El cuadro tradicional entregaba la imagen de un siglo XV italiano en situación “renacentista”, mientras resultaba obvio que, contemporáneamente, Francia, Alemania, Inglaterra y España estaban aún inmersas en el Medioevo. Tanto es así que una simple ojeada de los manuales nos indica que el siglo del Renacimiento para esos países es el XVI. Lo mismo acontece con el Humanismo, dado que ambos conceptos —manejados ambigüamente a través de una sinonimia fluctuante— podían significar lo mismo: en un caso con referencia al renacimiento literario, en el otro aplicándose preferentemente a ciencias y artes. Iba de suyo, visto el desfase cronológico, que la floración cultural que se daba fuera de Italia debía explicarse a través de influjos que tenían el carácter de una verdadera acción colonizadora.

Cuando Jacob Burckhardt escribe su famoso libro, que dota de brillo literario y organiza el compromiso histórico-ideológico de cinco siglos, no hace más que explicar —de acuerdo con su criterio— cuáles son las características del fenómeno italiano del que se habrían beneficiado luego los países aledaños. Quedaba indicado, al mismo tiempo, que ese período implicaba el nacimiento de la osatura vertebral de lo que sería la sensibilidad moderna. Accesoriamente, la tesis de Burckhardt —una suerte de nudo de carreteras en relación con la temática anterior— tuvo la virtud de atrapar a todos aquellos historiadores, en general estudiosos del período medieval, que se aprestaron a señalar la presencia anterior, en ámbitos no italianos, de las notas que Burckhardt había especializado en la Península. Ya en nuestros días, Georg Weise, historiador del arte, indica que lo señalado por Burckhardt (laicismo, temporalismo, racionalismo, realismo...) no alcanzan, por ser presencias comunes a toda Europa occidental, para explicar el sentido y dirección del influjo italiano. Con eso, por otra parte, venía a subrayar lo adelantado por Huizinga en su ensayo sobre Renacimiento y Realismo.

Antes que la historiografía se empeñara, contra la tradición burckhardtiana, en precisar el verdadero carácter del magisterio italiano en el siglo XVI, la polémica había ido derivando hacia un pleito de preminencias en el que se desleía todo posible distingo entre la cultura de los siglos anteriores y la posible novedad de la actitud renaciente. Por reacción a las consecuencias de una elaboración ideológica que recalaba en Burckhardt, se abría paso a una impugnación que revestía el mismo carácter. De acuerdo con un muy conocido mecanismo de antropomorfización de nociones, Medioevo y Renacimiento se constituían en personajes de un duelo entre pasado y presente. De este modo, como resultado complementario de sus afirmaciones, Burckhardt conseguía, por efecto inverso, comprometer a sus impugnadores en una defensa indirecta de sus tesis centrales: trasvasar adjetivos, en relación con períodos o situaciones históricas, además de constituir una ingenuidad implica un sin sentido historiográfico.

Este procedimiento, que apuntaba a un rescate de las benemerencias medievales ignoradas por la tradición historiográfica, sirve para testimoniar la imperturbable confianza que los hombres del oficio siguen poniendo en el registro y colección de datos. Sin dejar de anotar, al mismo tiempo, que este pleito en torno a honras ajenas, de dudosa eficacia epistemológica, denuncia la permanente tentación ideológica que acecha a toda historiografía.

El hecho es que el libro de Burckhardt operó al modo de un catálogo de logros o hallazgos de la cultura del Renacimiento en Italia. Con él en la mano, los estudiosos del Medioevo se lanzaron a un recorrido

destinado a poner justicia, transfiriendo a la propia vitrina lo que Burckhardt había sindicado como creaciones italianas. El obvio resultado fue un forcejeo que llevaba y traía, de un siglo a otro, las notas de realismo, laicismo, racionalismo y experimentalismo. Si por un lado quedaba latente la idea de la continuidad de la historia europea, por el otro —como si fueran conceptos incompatibles— se desleían los matices que sin duda corresponden a cada etapa. Con esto queda dicho que la polémica, puesta en tales términos, dejó en pie las tesis conocidas. Entre otras cosas, porque no versaba sobre la sustancia del problema sino sobre un difuso anecdotario.

V

Llegados al punto conviene repasar un poco. Los conceptos de Medioevo y Renacimiento, como fue indicado, suponían indirectamente una aceptación sin aclaraciones de la unidad de la cultura europea vista en sus relaciones con el legado antiguo. Sin embargo, toda vez que se pretende entrar en precisiones hay que concluir que la cultura europea, a lo largo de los siglos, se va definiendo por la presencia —en general con aires de magisterio— de rasgos nacionales que consiguen universalizarse dentro del Continente. Esta realidad, de muy fácil verificación, sugiere dudas acerca de la uniformidad y unidad de situaciones medievales y renacentistas; es decir, insinúa la posibilidad de reconsiderar la presencia europea de un único Medioevo y un único Renacimiento. Es más, que no sólo Medioevo y Renacimiento deben ser descompuestos en sus fases institucionales y culturales sino que hay que atender a la génesis histórica, al desarrollo y a los posibles desfasajes cronológicos que se dan en el seno de las diversas culturas nacionales. Es decir, tratar de ver cuáles son las posibles relaciones de cada uno de los humanismos nacionales con su respectivo medioevo o, en un sentido más amplio, ver en qué medida la cultura renaciente, sus modalidades, su dirección e implicaciones, necesita —para poder comprender las diferencias que se dan en cada comunidad nacional— de una explicación que atienda al “humus” histórico en el que se engendra y prospera.

En principio, la propuesta traería como consecuencia la posibilidad de entender el carácter peculiar de cada formación nacionalista: las aspiraciones de los diversos humanismos —francés, alemán, inglés, español— serían comprendidas por el contenido y dirección que en cada caso había asumido la cultura medieval. En tal caso se vería que la tensión polémica entre cultura y barbarie propuesta por los italianos respondía a motivaciones de su propio pasado nacional, distando de ser un modelo explicativo que sirviera de paradigma al desarrollo de toda la cultura

européa. Entre otras cosas porque el pretendido magisterio romano, demasiado evidente a partir de Petrarca, sería reciamente resistido en Francia, al tiempo que no necesita de mayores aclaraciones la dirección explícitamente anti-romana del humanismo alemán. Para comprender y aceptar esto, desde luego, habría que admitir que el Humanismo —en términos más amplios el Renacimiento— se privaran de sus mayúsculas y dejaran de ser identificados con las motivaciones psicológicas del programa nacional de la cultura italiana.

A propósito de esta habitual y prestigiosa confusión podríamos recordar la identificación que hace Toffanin entre Humanismo y persistencia o desmayo de la idea de Roma. Si se piensa en Italia la idea es correcta, porque se apoya en verificaciones bien a la vista; en cambio, si se pretende definir la actitud de los otros humanismos la idea de Roma no sólo no tiene la menor relevancia sino que suscita muy claros sentimientos de animadversión o, en el mejor de los casos, de indiferencia. No está demás aclarar que, en el fragor polémico, se confunden en igual condena la vieja y la nueva Roma. En esta línea del argumento —tanto en Francia como en Alemania, por lo menos— el pleito provocado por la invadencia y las pretensiones italianas sirvió para estimular el advenimiento de una conciencia nacional que encontraría su expresión más concluyente en una historiografía destinada a rescatar el carácter sustantivo y original de la comunidad política en su marcha histórica. Este descubrimiento de la nobleza del propio pasado, zaherido directa o indirectamente por el desprecio italiano, nos pone ante la evidencia de la íntima relación que se da entre los humanismos nacionales y las aspiraciones y la cultura de los siglos anteriores. En el fondo no hacen más que proceder como habían hecho los pretendidos maestros. Es decir, dibujar una imagen del presente que se apoyaba en la aceptación o rechazo del pasado. En el caso de los italianos, el pasado merecía sanción en cuanto identificado con la barbarie; en los otros, esa barbarie despreciada por los herederos de Roma era la cuna en la que habían forjado sus mejores virtudes.

VI

Como decíamos más arriba, la dificultad para renovar las nociones adquiridas por la historiografía puede explicarse por las características de su modalidad operativa. En principio, una concepción de pasado histórico que lo identifica con el puro pasado, es decir con un dato dado de una vez para siempre. Fue el recurso casi obligado para que el pasado histórico pudiera ser asimilado al mundo de los objetos naturales. Esta identificación de Pasado y Naturaleza permitía suponer que cada his-

torizador, desde su respectivo tiempo, podía remitirse a un objeto que se había mantenido invariable, dado que, obviamente, estaba inmovilizado en archivos y repositorios de diverso orden. Siguiendo los supuestos implícitos en el argumento, cualquiera fuera el tiempo transcurrido, el historiador siempre se encontraba idealmente a la misma distancia de su objeto, porque en esta línea operativa se despreciaban las notas distintivas de todo pasado histórico: por un lado, ser el resultado de un proceso de formación forjado por sus mismos protagonistas; por el otro, su capacidad para transitar en los tiempos subsiguientes a tenor de diversas y distintas solicitaciones. Visto así, el pasado histórico se “forma”, “transita” y es “acogido” en sucesivas instancias, siempre que se entienda que los tres momentos, que distinguimos por vía lógica, están íntimamente relacionados. Es decir que, cuando una “formación” se proyecta para ser acogida, dicho acogimiento implica, en sus intenciones y resultados, una verdadera “re-formación” de la situación pasada que, a su vez, ha de reiniciar su tránsito en busca de nuevas acogidas. Esto supone, accesoriamente, admitir que todo pasado histórico es siempre una suma de circunstancias, hechos e intenciones abiertos, pronto a tomar la “forma” que cada acogida le infunde. Al mismo tiempo, permite verificar que la “formación” original, a raíz de su tránsito y de las diversas acogidas que sufre, está permanentemente sujeta a un proceso de selección a través del cual pasan o quedan demoradas determinadas notas o matices originarios. Y esto nos lleva a una reflexión referida a las “lecturas” por las que pasa un pasado histórico.

Los primeros en leer el acontecer que están generando son los propios protagonistas, que nos dan cuenta de su modo de ver y apreciar circunstancias, hombres, ideas y doctrinas. Es un primer resultado, es decir la primera “formación” de un pasado que resulta de una primera lectura formulada por los directamente interesados. A esta primera “formación”, que sustrae al ritmo de las lecturas historiográficas, la historiografía tradicional llama “testimonios” y, por extensión, “fuentes”.

En general, porque así lo demuestra la experiencia directa sobre distintos materiales, las primeras lecturas no son coincidentes, dando pie a diversas interpretaciones o modos de ver lo que se está produciendo. En términos contemporáneos, o en la generación siguiente —por razones que varían de acuerdo con cada problema— una de las lecturas aparece gozando de mayor predicamento, adquiere prestigio y provoca el relego o la demora de otras versiones. A partir de ese momento, el destino de la correspondiente imagen historiográfica estará ligado a los avatares que sufre en cada acogida la “lectura” que aseguró su tránsito hacia las generaciones por venir. Incluso, en general ocurre que en algún momento del tránsito se instale una acogida que alcance

a re-formular una "lectura prestigiosa" del problema en cuestión. A partir de ahí, la historiografía siguiente abreviará sus afanes, porque dejará de remontar hasta las "fuentes" para tropezar reiteradamente con el obstáculo que aquel "prestigio" pone en su camino.

Si ponemos ahora la teoría dentro de lo concreto de nuestro problema, podemos ejemplificar cómodamente. Como fue indicado, la primera lectura significativa correspondió a Filippo Villani, a quien debemos la idea de un espacio temporal puesto entre Claudiano y Dante, entre un fin de la poesía antigua y un despertar de la nueva. Ese intermedio, que en él revestía de momento un carácter puramente formal, sería calificado contemporáneamente por Petrarca como el lapso en que se habían diluido las glorias romanas agotadas por la barbarie. Se produce así, por vía indirecta, una integración de ambas intuiciones. A partir de ahí queda latente la idea de un período intermedio signado por una interrupción de la cultura (letras y artes) y por una suerte de secuestro de la romanidad en manos germánicas. A esto podía añadirse, con singular agencia psicológica, la sensación de estar viviendo una época de euforia creativa y descubridora, como si una nueva luz volviera a dar volumen y perfil a las sombras borrosas legadas por los siglos oscuros. Este embrión que proponía una lectura culturista de la relación pasado-presente, sería largamente confirmado y desarrollado por las generaciones siguientes, convirtiéndose luego en un lugar común—como lo confirmaría Erasmo y Rabelais— fuera de la misma Italia.

Al margen de esta propuesta, que se abriría enérgico camino en la historiografía posterior, Leonardo Bruni y Flavio Biondo, ya en el siglo siguiente, propondrían otra visión basada en una lectura político-económica del problema planteado. Partiendo de un bien definido republicanismo, para ellos la decadencia de Roma se emparentaba con el fin de la República. En este sentido, los siglos del Imperio no habían sido más que un continuo progreso en el deterioro de la libertad, las instituciones y la cultura. Las invasiones germánicas no habían hecho más que sancionar algo que parecía inevitable. Considerando luego los siglos siguientes, distinguían dos etapas bien definidas: una, caótica e informe hasta los Carolingios; otra, con un firme proceso de ascenso, en la que paulatinamente había ido renaciendo la actividad, la vida política, económica y cultural. Dentro de ella, el despertar de las ciudades italianas y los tráficos en el Mediterráneo habían significado un reprimar de las libertades ciudadanas perdidas por siglos. En cambio, en el momento en que escribe Bruni se advierte un proceso de involución y las ciudades vuelven a caer en manos de príncipes y señores que reintegran el despotismo. Dentro de los mismos carriles, aunque a través de una exposición más sistemática, se mueve Flavio Biondo.

Al margen de una cronología defectuosa (412 d.C. por el 410 d.C., año del saqueo de Roma por Alarico) podemos apreciar que, a mediados del siglo XV, ya habían alcanzado consistencia los célebres mil años que pasarían a la tradición escolar. A propósito, Biondo nos dice que ese período no es “tanto oscuro cuanto poco conocido”, mostrando una cautela que no será imitada por la historiografía siguiente. Con rigor, distingue los dos períodos que en Bruni tenían características más generales. Desde Alarico hasta la intervención de Pipino en Italia (752) en defensa del Papado contra los Longobardos se da un período de decadencia y desconcierto en el que campean los bárbaros, haciendo imposible todo esfuerzo de reconstrucción de las ruinas del mundo romano. En el segundo período, en cambio, aquietada la marca bárbara, se produce un vuelco de circunstancias dentro de la historia italiana. Con la paz y la seguridad se reorganizan los cuadros urbanos, florece la vida civil y se inicia la prosperidad económica.

Esta lectura, que resguardaba el proceso de crecimiento y desarrollo de la vida europea luego del período siguiente a las invasiones germánicas —pero que apuntaba especialmente a marcar la continuidad de la historia italiana— no tuvo fortuna y tendría que aguardar siglos hasta que los historiadores de la economía comenzaron a prestarle audiencia. En tal contexto no debe extrañar que al comenzar el siglo XVI quedara firme la idea que había brotado de la convergencia Villani-Petrarca. Es más, algunas décadas más tarde Giorgio Vasari entregaría, a propósito del desarrollo de las artes plásticas, una verdadera periodificación en tres etapas de lo que llamó “Rinascita delle arti”. En el siglo siguiente, Pierre Bayle extendería la noción hablando de una “Renaissance des lettres”.

En estricto y lógico paralelo se confirmaría el estatuto del período antecedente. Luego de expresiones como “media tempora”, “media aetas”, sobrevendría finalmente “medium aevum” que, con rigor pedagógico, Cellarius precisaría como “Núcleo de la historia media, entre la antigua y la nueva”, (1675) para venir luego a una concreción más definida: “Historia del medioevo desde los tiempos de Constantino el Grande hasta la caída de Constantinopla en manos de los turcos”. (1686) Este límite, que acogía una identificación entre presencia de “sabios griegos” y Renacimiento formulada por Melanchthon, se iría en una sólida tradición dentro de la historiografía del Norte de Europa.

Esta referencia nos da pie para recordar que, desde el ángulo de los intereses de la historia eclesiástica, se producirá en la historiografía del Protestantismo una periodificación que dobla puntualmente la referida y aceptada para el proceso de cambio cultural. Tendríamos así el siguiente cuadro:

Cultura antigua	—————	Iglesia de los apóstoles
Barbarie medieval	—————	Iglesia monacal y papista
Renacimiento	—————	Iglesia reformada

En ambos casos, va de suyo, el Renacimiento y la Iglesia reformada aparecían como formaciones en las que habían repristinado las fuentes de la cultura y el cristianismo. Con todo, para los intereses de nuestro tema conviene destacar que, al margen de irse dotando de contenidos dispares —a tenor de la áspera polémica trabada contra la barbarie, superstición e ignorancia de los “siglos oscuros”— ambos conceptos seguían revistiendo una bien definida formalidad. En un momento dado, a raíz de un conocido mecanismo de selección psicológica, las expresiones concretas parecían desaparecer quedando firmes dos lugares comunes: Medioevo (silencio de la cultura), Renacimiento (vuelta de las letras, las artes y las ciencias). Tanto es así que, luego de la condena acrecida por el pensamiento y la historiografía del siglo XVIII, lo “medieval” pasa a convertirse en cómoda categoría para indicar todo aquello a lo que no se puede volver, símbolo de atraso, corrupción, ignorancia y barbarie.

Esto puede explicarse por el cariz que asume la historiografía del Iluminismo. Al confirmarse la doctrina del progreso, el viejo “linealismo” de raigambre agustiniana —vacío ya de su inspiración providencialista— se convierte en carril por donde transitaban los hechos, hazañas y conquistas de la humanidad. Dentro de esta concepción del desarrollo histórico la narración se tornaba explícitamente polémica: no se trataba ya de relatar las vicisitudes de una marcha sino ir subrayando los absurdos y rémoras con que había tropezado la razón. Al mismo tiempo, concurría el sentimiento de euforia generado por las conquistas del siglo, de donde la “edad del medio” —ya adjetivada por Petrarca, la tradición humanista y los epígonos de la Protesta— perdía definitivamente su perfil formal para ser la abominada contraparte del programa de las Luces. Se completaba así un ciclo: la idea de un espacio temporal entre dos edades enunciada por Villani, estatuída por Cellarius, se convertía en categoría ideológica, en estímulo para actitudes militantes.

Demás está decir que todo esto poco tenía que ver con el menester historiográfico que, al decir de Eric Dardel, es siempre “science du concret”. También que Medioevo y Renacimiento tendían a convertirse en términos expresivos de categorías abstractas, de donde era imposible pensar, y mucho menos plantear, el problema de las culturas nacionales cuya línea de gestación y desarrollo no coincidía con lo acontecido y apreciado en Italia. Por otro lado, puede también comprenderse por qué

la historiografía italiana se convierte, durante siglos, en modelo que se extiende a los procesos trasalpinos.

Esta latencia alcanzaría adecuado perfil en la obra de Jacob Burckhardt que confirmaría la identificación del Renacimiento con el estado de la cultura italiana en los siglos XV y XVI. Es más, sin dejar de tener en cuenta el “despertar de la Antigüedad” que un año antes había subrayado Georg Voigt, el “descubrimiento del mundo y del hombre” indicado por Hegel y Michelet, el “individualismo”, el “desarrollo económico”, el advenimiento del Estado “como obra de arte” y el “escepticismo”, junto con la “irreligiosidad” y la “laxitud moral”, Burckhardt ponía énfasis en el “genio del pueblo italiano”, verdadero motor causal y explicativo de la eclosión multiforme que estudiaba.

Si el libro de Burckhardt no alcanzó para poner el problema en sus justos límites, es decir si no se advertía del todo que estaba describiendo un momento de la cultura italiana, fue porque venía precedido por la formulación de Michelet. Coincidiendo en parte con Hegel, pero profundamente afectado por la polémica político-ideológica que junto con su amigo Edgar Quinet traba desde el Colegio de Francia contra los Jesuitas, cuando retoma el desarrollo de su Historia de Francia —que había interrumpido para escribir su trabajo sobre la Revolución Francesa— convierte al Renacimiento en época o período de la historia de Europa. Esta referencia, necesaria para comprender las motivaciones de fondo, dista de ser anecdótica. Cuando Michelet se aboca a su Historia de la Revolución Francesa —no hay más que leer la Introducción— lo hace para poner en evidencia acontecimientos que en cierto modo son la culminación de un proceso liberador. Cuando vuelve a su Historia de Francia no hay ninguna duda que en su espíritu “Renacimiento” y “Revolución” constituyen los extremos del mundo moderno. Demás está decir que, entre ellos, tercera y activa, estará la Protesta.

Sin aceptar la singularísima explicación de Lucien Febvre, que nos muestra a Michelet “inventando” el Renacimiento a partir de experiencias de su vida afectiva, no hay duda que el brillante historiador —dueño por otra parte de un estilo colorido y atrapador— presenta al Renacimiento como una floración de toda la vida europea, signada por el advenimiento de la razón, del orden, de una nueva idea del hombre, la naturaleza y el arte, en un reconciliado maridaje de lo verdadero y lo bello. Llega a Francia para instalarse en su siglo XVI, en las mochilas de los soldados de Carlos VIII que vuelven luego de haber paseado por Italia.

Si resumimos, por un lado tenemos la indicación de un fenómeno histórico-cultural que afecta a toda Europa; por el otro, una orgánica

caracterización de lo conseguido por el "genio del pueblo italiano", en cuya historiografía, se perfila precisamente, el concepto de Renacimiento que alcanzará singular fortuna como fuimos viendo. Se genera así un concepto ambiguo que se resolvería como ya dijimos, es decir convirtiendo una etapa de la cultura italiana —cuyas características, sentido y dirección proporcionarían el modelo— en período de la historia de Europa. A partir de ahí, obviamente, parecía perder sentido toda consideración en torno al desarrollo de las culturas nacionales desde las invasiones germánicas al siglo XVI.

VII

Dentro de esta línea argumental, siguiendo el desarrollo cronológico de las respectivas historias nacionales, nos encontramos con un siglo XV aún medieval en Francia, Alemania, Inglaterra y España, mientras que en Italia el "Quattrocento —el siglo áureo del Humanismo sin distingos— es visto ya como un franco prólogo de lo moderno. Va de suyo, como apuntamos más arriba, que el cambio de "atmósfera" en el siglo XVI se debe, en aquellos países, a las consecuencias de un desborde imperial y colonizador de la Italia del siglo anterior que, por otro lado, aparecía representada en su totalidad por la cultura humanística. Tanto es así que en la misma Italia la historiografía de los últimos cuarenta años debió operar importantes rectificaciones en lo que hace a la vinculación entre la primera gran literatura (Dante, Petrarca, Boccaccio) y el afirmarse de la lengua y la literatura nacional en el siglo XVI. Para lograr esto se impuso una prolija detección de todas las manifestaciones retóricas y prácticas que, en paralelo con un aparente predominio de la lengua latina, hacían de la cultura literaria del siglo XVI la consecuencia de un desarrollo de tres siglos.

Este nuevo rostro del "Quattrocento", por vía indirecta, insinuaba la necesidad de atender en propia sede las características de cada desarrollo nacional, olvidándose un poco de la célebre y persistente cesura renacentista. Esta exigencia se hacía más perentoria desde el momento que en la misma Italia —que había dado lugar a una teoría de la ruptura entre pasado y presente, infiltrada luego en todas las historiografías nacionales— la historia de la lengua y la literatura, desde Dante a Pietro Bembo, se ponía en términos cautelosos⁴.

En otro orden de cosas, teniendo en cuenta las características y dirección de cada una de las culturas nacionales, el amaestramiento italiano no debe provocar engaño. Como observó con sagacidad Franco

⁴ A título indicativo, Cfr. G. Ghinassi, *Il volgare letterario nel 400 e le Stanze del Poliziano*, Firenze, Le Monnier, 1957. C. Dionisotti, *Gli Umanisti e il volgare fra Quattro e Cinquecento*, Firenze, Le Monnier, 1968.

Simone, desde el siglo XIV al XVI varias generaciones de franceses viajaron a Italia para obtener de sus experiencias culturales una respuesta a interrogantes bien precisos que se nutrían en los problemas puestos por el “humus” vernáculo. Por eso las aspiraciones del humanismo francés, como las del alemán, inglés o español, no coinciden con la dirección impresa por los maestros. Podrían servir de ejemplos, entre otros, el programa del “evangelismo” que alcanzará su expresión más cumplida en Erasmo, y un bien definido gusto por lo macabro que puede verificarse en morosas descripciones de la plástica y la literatura. Tampoco podrían descuidarse las variadas manifestaciones historiográficas que tienden a un rescate del pasado, denunciando, al mismo tiempo, un agudo despertar de la conciencia nacional. Por eso también los respectivos “renacimientos”, en lugar de demorarse en nostálgicas evocaciones de un pasado ya imposible, abrían paso a perspectivas de futuro que justamente faltarían en Italia ⁵.

Si en lugar de la consideración de un único Medioevo y un único Renacimiento, abrimos paso a un recorrido por los respectivos pasados nacionales, veremos que en cada caso el siglo XV —que en cierto modo es un resultado— nos presenta un abanico de interrogantes y exigencias de cuya solución dependerá el rostro de cada nacionalidad en el siglo siguiente. En este aspecto, cada “medioevo” nacional contiene embriónariamente lo que ha de ser el respectivo “renacimiento”.

⁵ A propósito del afirmarse de una idea progresiva de la historia hay que tener en cuenta la orientación que asume la historiografía francesa en los siglos XVII y XVIII, vinculando Renacimiento y Clasicismo como etapas inseparables de la cultura nacional.